

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Xavier Manzano El anuncio de la gracia universal de Cristo en el contexto de la pluralidad religiosa	5
Alejandro Puiggari La gramática de la catequesis en tiempos de cambios	21
Odile y Olivier Boulnois Una experiencia de anuncio de la Palabra de Dios	37
Francesca Cocchini La catequesis "del Buen Pastor"	47
André Polti Catequesis y discapacidad mental	61
Michael Moore Teología y pastoral	69
Criterios teológicos de un proyecto de pastoral juvenil	
Ignacio María Díaz Baltasar Espinosa: los rasgos de un catequista borgeano	79
PERSPECTIVAS:	
Stefan Oster Sobre el amor, que es gratuito	89

Sobre el amor, que es gratuito

En homenaje a Ferdinand Ulrich

—

Homilía de Stefan Oster SDB, Obispo de Passau (Baviera), en el entierro del Prof. Dr. Ferdinand Ulrich en la iglesia parroquial de Mühldorf am Inn (21.2.2010). El profesor Ferdinand Ulrich, de la Universidad de Regensburg, fue un metafísico personalista muy cercano, amigo y confidente filosófico de Hans Urs von Balthasar.

Querida familia Ulrich, hermanos y hermanas en la fe, queridos amigos, conocidos y compañeros de viaje y admiradores de Ferdinand Ulrich,

Hans Urs von Balthasar, uno de los más grandes teólogos del siglo XX, que era un amigo cercano y un hermano en espíritu de Ferdinand Ulrich, le escribió un día en una carta en 1964, en la que le agradecía un manuscrito. Se trataba del tema del poder y Balthasar escribió literalmente: “Cómo sabe desenmascarar con inflexible suavidad todos nuestros errores. Tendremos que aprender a soportarlo. He leído a Eckhart y Tauler y, en cierto modo, usted es una prolongación de este tiempo de nacimiento del espíritu alemán”. ¡Tendremos que aprender a soportarlo! ¡Qué frase para un joven académico, de un teólogo que ya era famoso en todo el mundo! Y Balthasar, con su referencia a los dos grandes místicos, Meister Eckhart y Juan Tauler, también dice hasta qué punto el pensamiento de Ferdinand Ulrich, joven pero obviamente ya maduro en su pensamiento, le parecía profundo, abismal. “¡Tendremos que aprender a soportarlo!”.

Una y otra vez: el amor

Queridos hermanos y hermanas en estas exequias, por lo que sé, por lo que aprendí de mi amistad con él y de mi experiencia personal, el amor fue como un hilo rojo en la vida de Ferdinand Ulrich. Muchas veces experimentó que muchos simplemente no querían “aprender a soportarlo”. El no nos lo facilitó, primero en sus escritos, a menudo difíciles de leer. Pero tampoco como un hombre que no se contentaba con la superficialidad, y que justamente exploró el abismo del hombre en toda su problemática y en su propia vida, queriendo aferrarse a la luz de la verdad que sana. Y no pocos de sus colegas en los medios académicos querían o podían seguirlo en lo que pensaba o en lo que tenía

que decir, y aceptarlo. Ciertamente si esta experiencia es de hecho un hilo rojo en su vida, es solo un síntoma, la manifestación casi necesaria de un fondo más profundo que marcó más fuertemente su vida: en la lectura de la Carta a los Romanos, escuchamos la convicción de Pablo, que también era la de Ferdinand Ulrich: *Nada puede separarnos del amor de Cristo... Dios nos ha dado su Hijo único, ¿cómo podría él, con él, no darnos todo?* (Rom 8,31-39). El tema fundamental de Ferdinand Ulrich en todo era siempre el amor. El amor del Padre, que creó el mundo y lo mantiene en el ser. El amor de Cristo, por el cual somos redimidos de nuestros pecados e invitados a participar en la vida divina, y el amor del Espíritu Santo, que nos ilumina, nos guía, nos santifica. Amor una y otra vez.

La doble significación de *Umsonst*

Y no cesa nunca de repetir que este amor es totalmente gratuito. La gratuidad del amor en su doble significado de la palabra *Umsonst*: justamente en el sentido de gratis, como regalo que nada cuesta, por un lado. Pero por otro lado en el sentido de inútil, frustrado, vano. Un amor semejante, que se da gratuitamente, no aporta nada a los ojos de un mundo del cálculo, de la ganancia, del interés, del pensamiento del provecho, de la centralidad del ego. Y semejante amor, que finalmente no me aporta nada, es inútil, vano, dice este mundo. Pero ambos aspectos del mismo amor se muestran de la manera más profunda en Jesús, que Ulrich llamaba tan a menudo “el Amor crucificado”. Los discípulos del Señor, que el viernes santo huyeron todos ante la cruz, por miedo y cobardía, han de haber pensado entonces: “todo era en vano, todo era inútil, ahora está muerto, colgado como el último criminal”. Y Jesús dice en el mismo momento con la radicalidad de su entrega: “Sí, mi muerte es totalmente inútil, un regalo para ustedes, el regalo más profundo de amor que Dios ha hecho al mundo”. Quien desde lo profundo de su corazón puede decir sí al Crucificado, dice sí a un amor que se dona gratuitamente, que puede darse completamente sin retenerse. Quien ha sido tocado por Cristo siente que este amor en cada uno de nosotros sólo puede ser eficaz si se regala del mismo modo. En la unidad de “gratuito” y “frustrado”, siempre inútil. Y esto significa que debemos también “aprender a soportar” al Crucificado, y con Él aprender a vivir ese amor. Desde que lo conozco, Ferdinand Ulrich no dijo, ni escribió, ni buscó vivir otra cosa, implícita o explícitamente sino orientarse al Amor crucificado. Por eso, quien quiera encontrarse con él como hombre y pensador debe justamente aprender a soportarlo.

Pobre ante Dios

Gracias a su inmensa intuición filosófica y talento, a Ferdinand Ulrich le fue dado mostrar como filósofo que el amor crucificado no es sólo la revelación más profunda sobre Dios. De Él se despliega la comprensión más profunda de la realidad del mundo y del hombre. También el ser creado, la vida y la existencia creada del mundo son originariamente dados por amor, regalo gratuito. Y el hombre encuentra justamente el camino hacia una existencia liberada y salvada, precisamente cuando aprende a vivir de un amor que es gratuito, desde un sí a sí mismo que es gratuito. Aprende entonces a vivir de un amor que ya no es posesivo, de un amor que puede darse a sí mismo; de un amor que se abre, que se hace vulnerable; de un amor que puede compartir y consolar, un amor que aquí y ahora puede confiar, ya que el fundamento del mundo es el amor y sigue siendo amor, incluso en las experiencias más profundas de catástrofes y desmoronamientos del mundo. Quien quiera vivir este amor, quien quiera entrar en la corriente rebosante de este amor, debe aprender el desasimiento. Debe aprender a hacerse pobre interiormente para estar abierto a la riqueza del regalo del amor. Esta es la razón por la que Ferdinand Ulrich amaba tanto la primera bienaventuranza del Sermón de la montaña: los primeros en ser proclamados bienaventurados son aquellos que son pobres en espíritu, pobres ante Dios. Quien quiera encontrar el camino a este misterio también tendrá que aprender que necesita confiar en el Crucificado, para que Él, Jesús, pueda abrir nuevamente la puerta de su corazón –abrir la al movimiento, al fluir de este amor, y así abrirla también a la experiencia de una alegría mayor y más profunda que todo lo que el mundo solo puede ofrecer.

Aprender, soportar

Pero si no queremos entrar en el lugar interior de la confianza en Jesucristo, entonces permanecemos constantemente tentados de mentirnos a nosotros mismos. Y esto también cada uno de nosotros lo conoce bien: a menudo tenemos la tendencia de hacer aparecer nuestros propios ideales, nuestros propios deseos y tendencias egoístas como amor. Y estamos centrados en nosotros mismos, permanecemos prisioneros de nuestro propio ego. Ferdinand Ulrich supo mostrar una y otra vez dónde se situaban las tentaciones en la vida y en el pensamiento de cada uno. Sabía mostrar en un diálogo personal y confiado, con el carisma de escuchar y leer en los corazones. Sabía hacerlo igualmente en el nivel del pensamiento filosófico. ¿Dónde se encuentran las trampas escondidas de un pensamiento que permanece encerrado en sí mismo, que busca confirmarse y celebrar sus propios éxitos? ¿Dónde buscamos

concretamente escaparnos del amor para hacer lugar a nuestros propios temas? ¿Dónde estamos tentados de escapar de la cruz, por comodidad o por miedo, cuando sin embargo ella nos haría madurar en el amor? Y es cierto: el profesor era un amigo y un hermano de una bondad inigualables, pero hacía falta sin embargo “aprender a soportar” esto.

Para conducirnos a la alegría

Pero lo que me permitió soportarlo fácilmente fue su misericordia, su fidelidad en las pequeñas cosas, su amor incondicional a la verdad, su atención, su escucha, su capacidad de estar verdaderamente presente junto al otro, junto a su interlocutor. También su amor a Cristo, su amistad con los santos, especialmente con Teresa de Lisieux. Y su deseo de hablar y actuar con el Espíritu Santo. Siempre lo sentí: nunca buscaba atraer a la gente consigo. No quería que sus estudiantes o aquellos a los que acompañaba repitieran sus tesis simplemente porque eran suyas. Jamás buscó apropiarse de alguno. Siempre quiso, con el otro, volverse juntos hacia la realidad y aprender juntos a comprender lo que es verdadero, lo que es bueno para el otro, lo que conduce a la alegría, incluso si duele el auto conocimiento de lo que somos.

Uno que aprende: aprender el desasimiento

Y a lo largo su vida, este hombre que era un sabio no dejó de decir de sí mismo que estaba aprendiendo. Incluso recientemente, en mis visitas a la residencia de ancianos, no dejaba de repetir frases como “ahora debo aprender a aceptar esto”, o “debo aprender a dejar aquello”. Este desasimiento prosiguió hasta el sentir que las fuerzas del espíritu disminuían, que debía aprender a desasirse aún de aquello, voluntariamente, por amor de Cristo, por los hombres y por la Iglesia. Y siempre quiso morir por amor, morir por amor del Señor. No temía la muerte: por el contrario tenía el deseo de poder ir más allá. Si tenía un temor era el de haber amado poco. Sí, querido profesor, para poder comprender, profunda y existencialmente, cuando decía estas cosas, había que permanecer cerca de usted, soportar con usted, devenir pobre de espíritu.

El misterio de la representación inclusiva

Y cuando decía, queridos hermanas y hermanos, que él quería practicar también su desasimiento por la Iglesia y por los hombres nos aparece entonces un misterio que pertenece a lo más íntimo de la Iglesia: el misterio de la representación inclusiva. Algunos de entre ustedes se preguntan, quizás, lo que pueda significar cuando se dice, por ejemplo, que Cristo murió *por nosotros*. El venció *por nosotros* la muerte y el pecado ¿En qué me concierne la muerte del Crucificado del Gólgota? A la inversa, en el nivel humano, cada uno de nosotros ha hecho la experiencia que el sufrimiento no es soportable sino cuando un hombre fiel comprende y conlleva mi sufrimiento, un amigo en quien confío y a quien puedo comunicar mis heridas o mi pena. Un tal amigo literalmente me conlleva y esto le cuesta tiempo, fortaleza, paciencia, sufre conmigo. Para Cristo, el llevar así a toda la humanidad y sufrir con ella ha causado su terrible sufrimiento y le ha costado literalmente la vida. Pero en la medida en que entramos en la amistad con Cristo, nos es dada la gracia de experimentar el modo como Él nos lleva. De la manera como nos sostiene, nos cuida, sufre por nosotros y nos perdona sin cansarse. ¡Y esto es para siempre! Nada puede separarnos del amor de Cristo.

Un hombre que participó en la representación inclusiva de Cristo

Y este Jesucristo nos envía, siempre de nuevo, personas que participan en este misterio de su representación inclusiva y que dan testimonio de ello. Ferdinand Ulrich era y permanecerá como una de estas personas. Tomó parte con Jesús en la vida y los sufrimientos de los hombres y de la Iglesia, esta Iglesia que contempló y amó profundamente en la persona de María, la Madre de Dios. Y estoy seguro de que en esta participación en la Cruz de Cristo, ayudó a muchas personas, lo supieran éstas o no. En el poder de Cristo, fue alguien que “llevaba la Cruz” en este mundo por muchos de nosotros. Ustedes saben: cuando nos reencontremos en el cielo, lo cual espero para todos nosotros, se transformarán nuestros corazones, ojos y oídos: nos sorprenderemos y maravillaremos, y confundidos de reconocimiento descubramos que nos representó y compadeció, combatió y amó y oró y sufrió por nosotros para que pudiéramos llegar allí. Y estoy muy seguro de que recién allí muchos de nosotros comprenderán hasta qué punto Ferdinand Ulrich ha estado entre aquellos que los sostuvieron y oraron por ellos. Y continuará siendo un orante por muchos de nosotros, a lo mejor aún más ahora.

Maravillarse de la gloria del cielo

Y ciertamente, ahora le fue dado hacer él mismo esta experiencia: descubrir a quien combatió por él para que esté en el cielo. Me lo imagino reencontrando a sus padres queridos. Pero también encontrar finalmente a Santo Tomás de Aquino, San Agustín, la pequeña Teresa y tantos otros. O también sus antiguos compañeros de ruta, el p. Wilhelm Klein, por ejemplo, o Hans Urs von Balthasar, o el Padre de Lubac y tantos otros. Querido pequeño hermano peregrino Ferdinand, me alegro ya pensando el día en que muchos de nosotros estaremos reunidos y podremos encontrar al Señor y verlo, Él en su majestad y grandeza, su humildad y amor: ¡qué fiesta será, qué alegría! Y cuando me pregunto si estaremos en tren de filosofar en el cielo, me digo que quizás filosofaremos en el sentido en que cada uno de nosotros descubrirá con asombro otro aspecto de Dios y de la gloria del cielo, y cada uno podrá mostrar a su prójimo lo que descubre de la bondad indecible e inagotable de Dios. Sí, será una fiesta poder experimentar con usted la plenitud desbordante de la verdad y del amor de Dios. Adiós, querido amigo, querido padre espiritual, querido hermanito peregrino de Jesús. Y si lo desea, continúe a combatir y orar por todos nosotros, para que podamos un día en el cielo maravillarnos juntos y jugar y bailar como niños delante del Altísimo, delante de nuestro Padre, A El toda gloria, hoy y eternamente, Amén.

Traducción: Alberto Espezel